

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garza, Mayor 24, Afiliado y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA EPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Lunes 24 de Diciembre.

El Eco de Cartagena

LA MARINA DE GUERRA.

III.

Es una verdad dolorosamente práctica en España que en todas las épocas de decadencia material ó de abatimiento moral porque ha pasado desde que, con el descubrimiento de otro hemisferio, entró en el rango de las potencias marítimas para marchar delante de todas ellas, donde más pesadamente se ha dejado sentir la mano de la fatalidad, ó la acción todavía más abrumadora del indiferentismo ha sido indudablemente sobre la Marina.

Con efecto: no hay más que hojear su historia de la edad moderna que empieza con las tres débiles carabelas que llevó Colón en busca de un nuevo mundo, para tener la evidencia de ello. Sus principios, sabido es, fueron de contrariedades, de sacrificio y de abnegación; la fe y el desprendimiento constituyeron el todo de aquella empresa, la más gigantesca del atrevimiento humano, que de haberse realizado en otros tiempos no le hubiera faltado su *Iliada* ó su *Odisea*; ni al piloto genovés, el recuerdo entre los locos, según expresión de un ilustrado marino, su incienso y sus altares; sus progresos en el discurso de cuatro siglos los vemos frecuentemente atajados por desastrosas eventualidades, tantas cuantas sirjieron bajo los cetros de los Felipes III y IV, Carlos II y Fernando VII, y que en el mismo abatimiento y postración de las fuerzas vitales del país, en el ánimo apocado de los gobiernos y en el indiferentismo de las épocas en que corrieron, encontraban su mejor aliento para prolongarse fatalmente hasta llevarla alguna vez casi á la nulidad; (1) y esto que en el orden na-

tural podemos considerarlo como una aberración de la fortuna, en el cálculo político y racional supone el desconocimiento absoluto de lo que en toda nación esencialmente marítima como la nuestra está llamado á dar vida y fuerza de acción como primer elemento constitutivo de grandeza y poderío.

Tal es la Marina. Sin ella, nuestra raza de héroes nunca hubiera podido estender sus hazañas más allá de las columnas de Hércules, ni el parbellon español ser saludado en todos los ámbitos del mando; sin ella nuestra marina mercante hubiera encontrado mil veces la muerte en las contingencias de guerra, ó á manos de los corsarios y piratas que invadieron los mares tras el boro de nuestras colonias.

La España en los estrechos límites que le señaló naturaleza entre el mar y los Pirineos, desde Gades á Cabo Creuz, supo hacerse grande hasta admirar al mundo con el denuedo de sus hijos en luchas seculares contra los enemigos de su independencia; más de seis siglos le vimos pelear valerosamente con las aguijas romanas; otros tantos con los sectarios del Koran; pero toda esa serie de glorias que tan alto levantaron su nombre hubiera terminado ante los muros de Granada, si el génio de Colón no le diera sus alas para salvar los espacios hasta entonces incómesurables.

El descubrimiento de otro hemisferio á mil seiscientas leguas de nuestras riberas, abrió al heroísmo de sus hijos nuevos horizontes, otro campo de acción á la conquista de nuevos lauros; y los que nada tenían ya que hacer en el suelo pátrio, libre éste del yugo extranjero, se lanzaron por la virgen superficie de mares no surcados para llevar á ignotas regiones, con el estandarte de Castilla su cultura, su religión y su habla.

Nuestra Marina de guerra adquirió desde entonces su indisputable razón de ser. La pólvora y la América, como dice Vargas y Ponce, habían cambiado el sistema de construcciones y guerra marítimas, permitiendo cruzar los mares subido el

bordo y abandonando el remo. Por otra parte, el instinto aventurero y el espíritu especulativo al dejar las riberas del viejo continente para ejercer su acción combinada sobre el suelo de la nueva *Ofir* donde *Pluto* y *Mercurio* habían establecido su imperio, necesitaban de un poder fuerte, robusto que amparase al común interés en sus guerreras expediciones ó comerciales empresas, á la vez que fuera el fiel guardador de sus conquistas, y desde este instante la Marina militar tuvo por necesidad que dejar el litoral, esto es: dejó de ser costanera para tomar alturas y nuevos rumbos por las vastas soledades del Atlántico, gigante escenario donde le vimos preponderar sobre todas las Marinas del mundo, mientras nuestra nación estuvo al tanto de sus propios intereses.

Puede decirse que fuimos los fenicia de los tiempos modernos, enseñando á la actividad humana nuevos derroteros; con la sola diferencia de los antiguos, de que todo lo que en estos dominó la astucia hubiese en nosotros de buena fé.

Solo á ese poder fuerte que á poco de sus principios llegó á reunir hasta ciento treinta naves para conducir á Flandes á la prometida de *Felipe el Hermoso*, debió la Marina comercial la conservación de su existencia en unos tiempos en que, espíritus mal avenidos con la moral y el trabajo, impulsados por regias potestades más dignas de llevar turbante que corona (1) se dieron abiertamente á la piratería desde la misma boca del *Estrecho* hasta las playas del nuevo mundo; (2) y es bien seguro

(1) Tales fueron Isabel de Inglaterra y Luis XIII de Francia. La primera, apoderada de los caudales que conducían á Flandes cinco naves españolas que huyendo de una escuadra francesa se habían refugiado en uno de los puertos de su reino; y el segundo de otras varias embarcaciones también españolas, ricamente cargadas á quienes una tempestad obligó á arribar á uno de los puertos de la provenza.

(2) La *Margarita*, cuyo cargamento importaba veinte millones de escudos de oro, fué apresada cerca de Sanlúcar por cinco buques corsarios, de los cuales tres eran meros y los otros dos... ingleses!

que sin su protección hubiera sucumbido por completo, víctima de osados aventureros tales como Drake, Legrand, Morgan (3) Nau, Montbau, Grandmont y tantos otros, berberiscos europeos, titanes en la audacia, canibales en ferocidad que bien hubieran podido servir de adelantados al mismo rey de los Hunos. Hasta qué punto llegó la importancia de estos auxilios baste decir, que ninguna de nuestras naves de comercio se atrevía á desembocar el *Estrecho* si no bajo la salvaguardia y conserva de las de guerra.

De qué modo, y bajo qué garantía de seguridad hubieran podido llegar á nuestras playas las opulentas flotas henchidas del oro de la Nueva España y de la plata del Potosí?...

Mientras tuvimos ese poder fuerte tuvimos América, durante nuestra dominación en ellas tuvimos también rios inagotables de riquezas que venían á llenar holgadamente las necesidades de la madre patria, sin sacrificio alguno para el país. Como dato curioso diremos que solo del famoso Cerro había recibido España hasta el año mil setecientos ochenta y nueve, ciento siete millones setecientos treinta y seis mil doscientos noventa y nueve marcos de plata, ó sean diez y siete mil doscientos treinta y siete millones, ochocientos veintisiete mil, ochocientos cuarenta reales.

Así pudieron levantarse obras tan suntuosas como las de los magníficos Arsenales de Cadiz, Ferrol y Cartagena, (1) que por fortuna aun con-

(3) Este atrevido pirata, cuando se prendió á Panamá mandaba treinta y siete buques con dos mil doscientos hombres, tomó el título de almirante y arboló el pabellon real de Inglaterra.

Sus crueldades le hicieron tan temible en los mares del nuevo mundo, que las mugeres españolas se lo representaban como negro y armado de garras como los demonios.

Solamente lo invertido en este ascendi á ciento doce millones, doscientos ochenta y cuatro mil, seiscientos cuarenta y ochenta y tres maravedis.

(1) En los últimos años del reinado de la Casa de Austria era común decir: la armada de España dos navios y una tartana.